

Los retratos femeninos de Fernando Bosch

La gracia suele ser valor fugitivo. Y tanto es así que sólo excepcionalmente, y dentro de la Naturaleza, poco existe que sea gracioso sin aptitud dinámica o, más bien, sin ejercer tal aptitud. Por eso hay sinonimia entre gracia, aire y despejo.

De ahí que para los artistas sea la gracia valor difícil de captar, que no es lo mismo que componer. Puede imprimirse carácter gracioso a muchas cosas, y, precisamente, esto representa virtud del Arte; pero es harto arduo copiar o interpretar la gracia que se produce fuera de la imaginación del artista. Y en razón de esto es muy frecuente el echar de menos algo—la gracia—en los retratos de niños y en los retratos de las mujeres que apenas traspasaron los linderos de la juventud. "No suele haber niños



La Marquesa de San Fernando, por Bosch.



jubilosos y despreocupados, es decir, niños propiamente dichos en la amplia área del Arte", ha observado Camilo Mauclair. Y, por otra parte, afirma Margarita Nelken: "No sonríe ni ríe la mujer en el Arte; la Gioconda, del Gran Leonardo, representa una rara excepción." Ni puede ser esto más cierto ni aquello más exacto. Falta la alegría infantil, que suele ser expresivamente graciosa, por esas galerías y esas pinacotecas. No abunda, tampoco, en éstas la risa ni la sonrisa femenina, que es gracia espontánea o estudiada. Y como con tales manifestaciones de la gracia ocurre con todas.

No puede afirmarse que la mujer en el Arte, interpretada en lienzos o en mármoles, sea coqueta. Las más sabias amorosas de ayer se fueron de los senderos del mundo con toda su ciencia. A muchas las hemos visto desnudas. Apeles en su "Venus anadiámene" y el insigne Paxíteles en su atribuida "Venus Capitolina" nos han mostrado a Friné al modo en que esta cortesana supo vencer la severa justicia del "Aeropago". Lucrecia Squarcia, retratada libre

La señorita Cecilia A. Mantua, por Bosch.



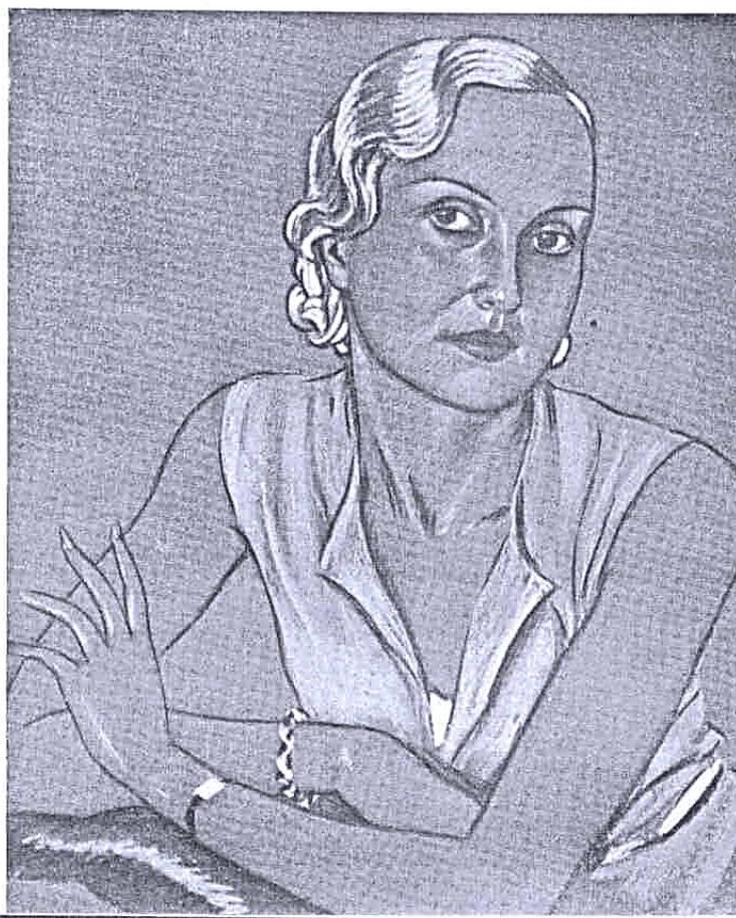
Señorita Angelita Grassa, por Bosch.

de todo velo por el Tiziano, no es, desde luego, la única cortesana encopetada de Venecia que se hizo pintar de esta suerte por el mismo Vecellio de Gregorio o por otros ilustres maestros. Y de todos es conocida la Paulina Bonaparte que, modelada por Cánova, da nombre a una de las salas de la Villa Borghese. Pero, ¿quién ha reflejado el fuego de los ojos de madame Du Barry, pongamos por caso? O, ¿quién ha pintado aquel mohín, entre signo de disgusto y signo de promesa, de nuestra Teresita Cabarrús que salvó a tantos y tantos desgraciados de la guillotina? ¡Ah! Y eso fue eran tiempos aquellos en que el Arte tenía un acentuado sentido galante, y que los retratos rápidos, al pastel, facilitaban las anotaciones de lo fugitivo, de lo que se va, de lo que, cual destello de Sol, ilumina por un instante.

Lo he escrito en otras ocasiones: Fernando Bosch, el gran dibujante catalán—catalán aunque haya nacido en Villarreal, de Castellón de la Plana; de Barcelona, si no

por naturaleza, por vecindad—, retrata damas y damitas como si "flirteara" con ellas; no pretende descubrir profundos secretos ni reclama graves confidencias; se reduce a piroppearlas, a comentar los encantos de ellas y el garbo o el "chic" de sus "toilettes" y a buscar el premio de sus madrigales en un prometedor fruncir de labios o en un mirar un poco obstinado... Ello, celoso de su personalidad de artista galante. Y ese, y por cuanto escribí antes, se me antoja su mayor mérito.

Bosch inauguró su carrera artística modelando. Era, al iniciarla, un chiquillo que hacía "novillos" para ir a jugar con el barro. Llena su imaginación infantil con el recuerdo de los prodigios plásticos de un paisano que le había apadrinado al pie de la pila bautismal: José Ortells. Pero encontró demasiado lenta la técnica escultórica y emprendió otros derroteros. Dibujó para los periódicos e hizo estampas, familiarizándose con la acuarela y el "gouache"; estampas en las que ha acreditado un auténtico temperamento de pintor, logrando calidades tan sencillas como afortunadas, de una sorprendente simplicidad, y acordes y sinfonías harto sugestivos. Por otra parte, y como mero dibujante, los trazos de Bosch alcanzan no menos sorprendentes expresiones, guiados siempre, y a un mismo tiempo, por un ambicioso afán de ritmos.



Retrato de la Señora Viuda de Grassa, por Bosch.

A los veinte años, en 1929, celebra su primera Exposición. Naturalmente, en Barcelona. Después, y cada año, ha venido mostrando nuevas estampas al público que mejor le conoce y que más le admira. Es decir: al público de la ciudad condal. En Madrid también ha expuesto. La primera vez hace tres años, en los salones de la Sociedad de Amigos del Arte. La segunda en fecha reciente, hace unos meses; en el Círculo de Bellas Artes. Y en París celebró otra Exposición y obtuvo un gran triunfo. Allí que tan difícil es triunfar y donde la estampa galante ha tenido desde el siglo XVIII, desde los días de Boucher a éstos nuestros tantos y tan meritorios cultivadores.

Sin dejar de ser fiel a su estilo, perfectamente personal desde que Bosch empieza a darse a conocer, nuestro artista ha procurado ofrecer un nuevo rasgo o faceta de su personalidad cada vez que así, en las Exposiciones, se ha aproximado al público y a la crítica. Últimamente, en su Exposición automnal de Madrid y en su Exposición invernal de Barcelona, Fernando Bosch muestra sus retratos femeninos. Los que suieren estas líneas y de los cuales se reproducen

aquí algunos. Formalizando una tendencia que se aprecia un poco tímida a lo largo su labor anterior, en la que no falta algún que otro retrato—el de Luisa Rodrigo, el de Raquel Meller, el de Josefina Baker...—, si bien están hechos de manera distinta a los últimos; ejecutados aquéllos con una intención que pudiera llamarse "escénica" inexistente en éstos.

Aplicadas a los mismos sus plausibles aptitudes, poseen un encanto nada común; un encanto que, si bien se miran estos retratos, no tiene homogéneo. Acaso, y a primera vista, nos hagan pensar en otros. Pero no tardamos en percibir en ellos notas o características hasta ahora inéditas, que acrecen el interés de la personalidad de Bosch y que bien merecen subrayarse.

Tales son las que responden a ese modo, casi privativo, de retratar a la mujer. A esa atención prestada a lo que fué siempre desatendido o que, por circunstancias creadas por más altos empeños, se relegó. Y que Bosch persigue al tiempo que en su temperamento se plantean y resuelven puntos que, por su importancia y por su solución, completan la factura de estos retratos dentro de un alto plano.

E M I L I A N O M . A G U I L E R A

